

nar, charlando con toda tranquilidad y riendo con mesura algunas fases de sus conversaciones cuando las salpicaba alguno de los concurrentes con un comentario agudo, que los había y muy buenos que luego se extendían por la ciudad, no pocas veces adobados con más granos de mostaza que los que su legítimo autor había utilizado al hacerlo entre sus contertulios.

Pero de todas estas tertulias y otras muchas que no es posible citar, por imperativos de espacio, quiero relatar solamente tres que llamaron poderosamente mi atención, o sea: la que celebraba don *Tomás Miller* en su casa en la calle Triana, que hoy lleva el número 40 donde tenía su comercio y oficinas de sus diversas actividades comerciales y en la parte alta, su vivienda, al terminar la jornada de la tarde, en la que entonces se colocaba con todos sus principales empleados y amigos a la entrada de su vivienda y todos de pie permanecían, viendo pasar la gente y charlando, con *don Tomás Miller* en el centro y sus contertulios a diestra y siniestra, hasta que pasado un rato, *don Tomás Miller*, se despedía de sus amigos y subía hacia su vivienda.

Para mí siempre fue un enigma el porqué de esta singular tertulia en torno de una persona como don *Tomás Miller* que poseía en Triana un amplio inmueble con fachada incluso a la calle de *La Marina* (hoy Francisco Gourié), en el que tanto en lo alto como en lo bajo, le sobraban dependencias para acogerse y pasar un rato con sus contertulios y no todos de pie en la entrada principal, charlando sosegadamente, pero más que nada viendo pasar la gente por las aceras de la calle, que a aquellas horas del atardecer, comenzaba a animarse de manera muy notable, tanto con el elemento joven, como con el de los adultos e incluso por el de señoras que iban a Triana a *esas horas a ver escaparates*, para luego comentar sus novedades expuestas, sobre todo, de tejidos y las de las joyerías.

La misma curiosidad despertó en mí otra tertulia que a esas primeras horas del atardecer se formaba en la fachada de las oficinas y vivienda de *don Juan Bordes Claverie*, con algunos de sus principales empleados y varios amigos, a lo largo de su citada vivienda, que se encontraba y sigue encontrándose en Triana, al final, a mano derecha, de Sur a Norte, antes de llegar a la histórica iglesia de San Telmo, en la que todos sus integrantes estaban de pie, a un lado y otro de don *Juan Bordes*, dando las espaldas al frontis de la vivienda y mirando a las aceras y centro de la calle. Igualmente don *Juan Bordes*, tanto en las oficinas de la conginación de la "*Cía. Pinillos*" de la que era su representante en Las Palmas, como en su vivienda en la parte alta, estaba

sobrado de espacio para reunirse en aquellos ratos que lo hacía a pie en la acera derecha de Triana, con sus altos empleados y amigos durante un rato.

Pero, sin embargo, la última de esta clase de tertulias que llamó poderosamente mi atención fue una que se formaba, al anochecer, pero no por un tiempo prudencial, sino durante horas, en la calle Muro esquina a la hoy *Plaza de Hurtado Mendoza*, donde en la actualidad existe una actividad de asadero de pollos, por una media docena de enlutados músicos que permanecían de pie, no charlando animadamente, sino muy quedo y de vez en cuando, mientras consumían cigarrillos, en torno a temas de música o *bel canto*.

En invierno se acogían a los voladizos del *Kiosco de Quevedo*, y en su parte poniente, salvaguardados de la lluvia, más o menos intensa, que pudiera producirse, continuaban aquellos enlutados contertulios hablando sobre sus temas musicales hasta la hora de irse a cenar y después de haber consumido varias horas en tales aquelarres amicales, severos y comedidos en sus externas manifestaciones. Incluso la noche en que en el "*Zuleika*", su capitán se empeñó en meterlo en las inmediaciones de la Plaza de Mercado, para tomarse un reconfortante café en cualquiera de sus establecimientos inmediatos con unos cuantos churros acabados de salir de la sartén, confeccionados con materias primas auténticas y a mano, y no en serie como ocurre ahora, pude observar a los integrantes de aquella singular tertulia, indagar los motivos por los que tantos curiosos corrían hacia las inmediaciones del Mercado; pero no abandonaron su singular tertulia de todos los anocheceres en sus lugares de reunión en la *Plazuela de Los Patos*, según fuera las estaciones del año natural.

Entonces la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y sus barrios próximos tenían un hueco adecuado y, sobre todo, respetado, para estas diversas formas de convivencia de sus habitantes, porque entonces la ciudad era una muestra de encantadora forma de convivir, sencilla, humana, inolvidable, donde cuando una persona daba un codazo o un empujón a otra, sin querer, siempre se volvía y decía: "*Usted perdone*" y cuando el conductor de un auto iba por una carretera y advertía a otro averiado al que su conductor trataba de poner en marcha, paraba el suyo a su costado, y le preguntaba al que se encontraba problematizado: "*¿Desea algo?... y no pocas veces esta pregunta le costaba unas horas de estar metiendo el hombro al lado del compañero que se había quedado a un lado de la carretera por avería de su vehículo o darle un remolque hasta la ciudad.*"

JULIO JURENITO

EL HOMBRE

"Muchas cosas hay misteriosas, pero ninguna tan misteriosa como el hombre"
(Sófocles)

Como ser complejo que es el hombre, éste necesita de la presencia de lo misterioso en sus diversas formas e incluso cuando no las encuentra las inventa.

Su afán de supervivencia en la tierra hace que luche constantemente hasta lo más desmesurado, como bien nos lo representa el mito griego de Sísifo condenado a subir eternamente una enorme piedra a una cima, desde la que siempre cae, debiendo de nuevo iniciar la ascensión.

Pero el hombre con ese afán de subsistir y luchar en medio de una gran naturaleza al mismo tiempo también se vale de ella, bien para alimentarse, como para curarse de sus males e incluso hasta para vestirse.

Con respecto a la curación, desde hace miles de años el ser humano utiliza las propiedades curativas de las plantas, donde brujos, magos y curanderos juegan un importante papel. Pero ese deseo de mejorar la salud quebrantada es tan antiguo como su propia existencia y esto ha hecho que las propiedades curativas de muchas plantas hayan sido conocidas desde tiempos muy remotos.

Ya desde la Grecia antigua, Roma, Persia, etc., atribuyeron a las plantas un culto tal que las elevaron a la categoría de auténticas divinidades; como dato curioso podemos apuntar que en el año 1.500 a.C., el faraón egipcio Tutmosis III envió una expedición a Siria en busca de nuevas plantas medicinales. En la actualidad, en los muros del templo de Tutmosis, en Karnak, aún aparecen esculpidas algunas plantas traídas de aquellas lejanas tierras. Entre las más apreciadas en tiempos antaños podríamos citar un sinfín de ellas, pero como particularmente curiosas mencionaremos algunas: a) La col, rica en azufre, ofrece sus propiedades curativas contra las afecciones de la piel. El gran estadista romano Catón el Viejo (234-149 a.J.C.) la empleaba para las erupciones, las heridas e incluso hasta para la artritis. Se cuenta de este personaje que cultivó por sí mismo su propiedad de Tusculum, y en la obra *Tratado sobre la agricultura* recogió alrededor

CREENCIAS Y SUPERSTICIONES

de mil recetas con el fin de permitir a los campesinos utilizar todos sus productos y curarse por sí mismos. No olvidemos que nuestros antepasados canarios utilizaban la col para curar la erisipela, enfermedad infecciosa, que se caracteriza principalmente por la aparición de lesiones cutáneas en forma de mancha rojiza. Su curación podía llevarse a cabo de varias formas y, entre ellas, cómo no, encontraremos de manera peculiar la relacionada con los rezos. La cita que a continuación ofrezco, sacada de la tradición popular, es una buena muestra de ello:

En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

Yo te corto erisipela colorada, blanca y negra, no la corto con cuchillo ni con cosa de cortar, que la corto con palabras de la Santísima Trinidad
.....

Dicho rezado se realizaba con una hoja de col partida en tres trozos que era pasada repetidamente por la zona enferma.

b) La ruda, sus virtudes fueron conocidas por griegos y romanos; es más, se empleaba como abortivo y a ella se atribuye la muerte de la hija de Tito, emperador romano.

c) Al orégano, en tiempos de Aristóteles, se le atribuía la propiedad de contrarrestar el veneno de las serpientes. Se le consideró como un excelente remedio contra la inapetencia.

También en nuestros campos canarios se sintió la presencia de Deméter, diosa de los campos y las cosechas, sembrándolas de un sinfín de plantas curativas arropadas por nuestro buen clima. Plutarco, en sus escritos hace sobrada alusión a la benignidad del mismo: "Cubre a estas islas una atmósfera tan tranquila que casi no son de consideración sus alteraciones y variedades...". Entre las plantas que cubren nuestro suelo, destaca por su peculiaridad "el drago", los antiguos isleños usaban su "sangre" con fines medicinales, e incluso llegó a existir un comercio con la "sangre de drago".

En Canarias aparecen también las llamadas plantas afrodisiacas, llamadas así en honor a Afrodita, diosa pagana del amor, capaces de despertar el deseo genésico. Entre éstas, las más co-



El drago, árbol con sangre.

nocidas, eran el hinojo y el comino; al mismo tiempo, aparecían en otros contextos sus antagónicos, los anafrodisiacos, como eran las semillas de la calabaza, sandía, melón, pepino, etc.; así como la lechuga, llamada en la antigüedad "hierba de los eunucos" por los efectos sedantes de su jugo sobre el aparato genital. Era muy estimada por algunos religiosos como aptas para apagar el ardor de los sentidos durante el sueño, ya que parecía ser muy eficaz para conservar la castidad. También sus propiedades somníferas eran conocidas desde tiempos muy lejanos. Galeno, médico griego (S.II d.J.C.), decía que, en su vejez, solamente lograba conciliar el sueño tras ingerir una copiosa ensalada. Los guanches para cauterizar las heridas usaban raíces de junco humedecidas con manteca de cabra hervida.

Dentro del reino vegetal, otro protagonista indiscutible es el laurel. En ciertas culturas lo consideraban como protector contra diablos y poderes brujeriles así como contra manifestaciones de tipo natural: el trueno, relámpago, etc.; sin embargo, en otras civilizaciones, esta planta personificó lo noble, lo culto y lo estético. Ya en la antigüedad, el laurel estaba consagrado al dios Apolo, conocido con el nombre de Febo en el mundo romano. Era el dios de los oráculos, de la juventud, de la belleza, de la poesía, de la música y de las artes en general. Los romanos imponían coronas de laurel a los generales victoriosos e incluso en la Edad Media eran coronados con esta planta los poetas y artistas. Ya nuestro universal Unamuno, en una de sus

obras, nos cita el sentido tan bello de la misma: "Se lanzó al mundo a conquistar gloria y laureles para ir luego a depositarlos a los pies de su amada".

Y ya relacionada propiamente con la brujería, encontramos el ejemplo de la planta mandrágora a la cual rodea una peculiar leyenda. Esta planta herbácea, de raíz gruesa y bifurcada, siempre ha estado muy ligada a todo tipo de supersticiones. A ello ha contribuido la extraña forma de sus raíces que evocan, a veces, la figura humana.

Según las tradiciones rabinicas ésta creció en el paraíso terrenal. Los griegos y romanos la utilizaron en sus filtros, puesto que se le atribuía la facultad de hacer nacer el amor, curar la esterilidad y multiplicar la fortuna. Se cogía en los parajes desérticos, y fue tan buscada y apreciada que se llegó a falsificar la "mandrágora" con raíces entrelazadas. Su relación con la brujería estribaba en que era empleada por los brujos para sus brebajes. Y en torno a este apartado gira una nefasta leyenda: se decía que la planta al ser arrancada de la tierra emitía quejidos, quejidos que si eran oídos por cualquier ser humano le producían de forma fulminante la muerte. Las brujas, por ello, se servían de la astucia y para arrancarla amarraban a un perro a la misma. Luego, con trompetas y utensilios ruidosos, prorrumpían en una algarabía. Hecho esto, le tiraban al animal un hueso lejos de su alcance. El perro, al ir en su busca, arrancaba la planta de la tierra.

Tampoco son insólitas las creencias en la presencia de genios, ninfas,

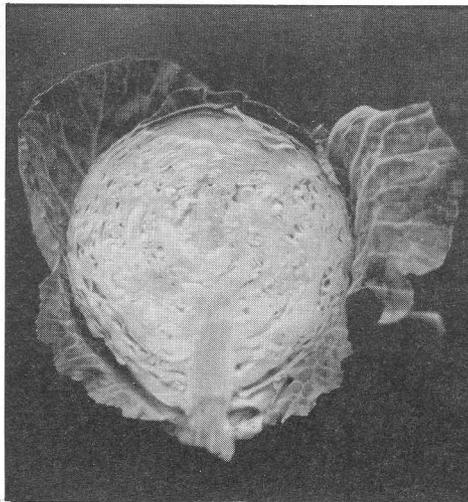
faunos así como santiguadores y curanderos, que por cierto aún abundan por nuestra geografía insular, y que tratan de sanar las enfermedades con hierbas y rezos. Pero muchas veces, el resultado final de todos estos hechos será la superstición, donde la creencia en presagios producidos por acontecimientos fortuitos adoptará todo un matiz mágico y sobrenatural. Como ejemplo, el simple hecho de derramar sal o romper un espejo serán signos de desgracia. No cabe duda que el poseer una mentalidad predispuesta a la superstición es estar ligado a una constante tortura psíquica, puesto que cualquier accidente es relacionado con lo mismo. Jugando un papel muy importante en este campo está el uso de amuletos, pequeños objetos con funciones mágicas realizados, por lo general, en materia dura. A veces, aparecen modelados como animales y otras llevan grabados signos mágicos que aseguran la buena suerte y el alejamiento de la mala fortuna. En civilizaciones pasadas como en la mesopotámica, se solían emplear como amuletos simples piedras a cuya naturaleza, es decir, a su valor, dureza y color iban unidas virtudes particulares. Así, la piedra blanca, iba bien para la leche de las madres; la verde alejaba “el mal de ojo”; el ágata y el ónix, por sus formas parecidas a las del ojo humano, ejercían una destacada función mágica contra las fuerzas maléficas.

Sin embargo, el estudiar los diferentes “fenómenos supersticiosos” de un pueblo contribuye a su mejor comprensión, a entender sus costumbres y sobre todo a conocer el ambiente espiritual en que se respira. En muchas zonas rurales, aún se sigue creyendo que las encrucijadas son, junto con los cementerios, los lugares más adecuados para toparse con diablos, espectros y fantasmas. De ahí la tradición cristiana de levantar pequeños altares y cruces en las esquinas.

En la actualidad, en el archipiélago canario, tanto entre los campesinos como entre aquellos que han venido a vivir a las capitales, permanecen ciertas supersticiones y leyendas. Es más, muchas de éstas fueron traídas de América, de la Península o bien de otros lugares. Pero la realidad es que muchas personas, inconscientemente, se niegan a abandonar sus costumbres ancestrales.

No cabe duda que todos los pueblos de cualquier rincón del planeta, ante las limitaciones de sus fuerzas,

han expresado sus creencias en poderes que están más allá de su alcance, desarrollando una serie de ritos y ceremonias y que casi siempre terminan suplicando la ayuda divina ante los tropiezos e inconvenientes de la vida. Para ello, unas veces acuden a la magia y otras a la religión. Durkheim (1858-1917), sociólogo francés, estableció la distinción entre la magia y la religión basándose en que esta última tiene siempre una “iglesia”, mientras que el mago puede trabajar sólo para una determinada clientela. Debemos de recordar que el gran erudito y escritor latino Plinio el Viejo (23 d.J.C. al 79) creía enteramente en la eficacia de la magia en la medicina. Como dato curioso, podemos decir de este personaje que fue víctima de su curiosidad científica al morir asfixiado durante una de las famosas erupciones del Vesubio.



La sencilla col, de múltiples cualidades.

Por otra parte, las manifestaciones del mundo mágico son muy variadas. Desde el “aquejarre”, reunión nocturna de brujos y brujas, y el mal de ojo de la brujería hasta algunas supersticiones muy extendidas y más generalizadas. Como simple ejemplo de esto último, el encontrarse una herradura podrá traer buena suerte.

Con respecto al “mal de ojo”, concretándonos a Canarias, nuestros abuelos lo curaban por medio de rezos, comenzando casi siempre con “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Donde Jesús se nombre,
todo el mal se quite;
donde Jesús sea nombrado,
todo el mal sea quitado;
...”

Al final se termina con unas oraciones que podrían ser un Credo y Gloria.

Los síntomas del “mal de ojo” o fuerza de vista son: el niño o persona dañada está decaída y desganada. Se sabe que esa persona ha sido afectada por el mal, porque al curarla, la persona que realiza el rezo bosteza de forma continua.

Por la universalidad de la creencia existen diversas tesis sobre la misma. Se supone que es una especie de supuesto influjo maléfico que, por arte de hechicería, ejerce una persona sobre otra mirándola de determinada manera. Se dice que si una persona mira con malos deseos a otra, es decir, con “malos ojos”, se le puede, al momento, hacer daño; pero que a través de una serie de remedios se puede alejar todos estos males. En países como Portugal, Grecia, España e Italia, la gente está segura de poder neutralizar o disminuir los efectos de este daño por medio de talismanes y amuletos.

Referente a este apartado, existen diferentes opiniones. Oliveira Magno, dice que “todo ser humano emite fluidos magnéticos que producen efectos conformes con sus pensamientos, sentimientos, deseos y voluntad”. Si una persona abriga sentimientos buenos, su emanación fluidica es buena, pero si fuesen lo contrario o surgiesen malos deseos o intenciones la emanación fluidica resultará perjudicial para los demás. La persona dañada se vuelve inapetente, pierde la viveza de su mirada, la ilusión de querer y desear.

Gran parte de la superstición medieval se forjó alrededor del mal de ojo y la acusación de poseer dicha facultad proliferó en muchos de los procesos de brujería. En los siglos XVI y XVII, se llegó a una persecución brutal en toda Europa contra verdaderas y supuestas brujas. Se calculan en más de 60.000 las sentencias de muerte dadas contra ellas durante la primera mitad del XVII. En España, la Inquisición intervino también.

Es curioso comprobar que todavía perdura tal creencia entre nuestra gente. La idea se basa en que el ojo humano posee poderes ocultos que pueden causar daño a una persona por el simple hecho de mirarla. Para aquellos que creen, una leve mirada es suficiente para ocasionar una gran variedad de calamidades e incluso hasta llegar a producirle la muerte.

JOSE MARIA SANTANA GUERRA